

¿Por qué celebramos el día del médico el 23 de octubre?

Why do we celebrate the Doctor's Day on October 23?

DR. PABLO CAMPOS MACÍAS

Profesor de la Facultad de Medicina de León

Dpto. de Dermatología Hospital Aranda de la Parra

El Día del Médico en América, fue decretado en el Congreso Médico reunido en Dallas (Texas) en 1933, en homenaje al nacimiento del eminentе epidemiólogo y microbiólogo cubano Juan Carlos Finlay, nacido un 3 de diciembre de 1833 en Puerto Príncipe (actualmente Camagüey).

El Dr. Juan Carlos Finlay confirmó la teoría de "La propagación de la fiebre amarilla a través del mosquito", en una presentación realizada en la Academia de Ciencias de la Habana el 14 de agosto de 1881, con lo cual, inauguró un camino de progreso médico en la América tropical, evitando miles de muertes en toda América Latina.

En el año de 1937, durante una convención de sindicatos de Médicos Confederados realizada en la ciudad de Cuernavaca, se convino designar una fecha para celebrar el día del médico en México, eligiendo para ello, un día que tuviera un simbolismo especial para la medicina latinoamericana.

Para explicar por qué se definió el día 23 de octubre, tendremos que remontarnos brevemente en la historia.

La medicina que trajeron los españoles era un reflejo de la ejercida en la Europa medieval, dedicada fundamentalmente a la construcción de instituciones hospitalarias a cargo de las diferentes órdenes religiosas. Dichas instituciones, muy distintas a las clínicas modernas, eran más bien de tipo caritativo, dedicadas al albergue de pobres, hospitalares como obra de piedad, en los que evidentemente no existía aún el espíritu científico que implica el conocimiento de la causa de las dolencias físicas de los enfermos. Estas instituciones eran atendidas por los religiosos y el número de médicos que se aventuraban a viajar del viejo al nuevo continente era muy escaso. El 21 de septiembre de 1551, el emperador Carlos V, decreta la fundación de la Universidad Real y Pontificia en la ciudad de México, con el objeto de atender la necesidad de formación de profesionistas que se requerían en los nuevos territorios conquistados. Así, es en el año 1579 cuando se inicia la enseñanza formal de la medicina y 41 años después el programa académico queda cons-

tituido con la impartición de cuatro cátedras. En 1768, y siguiendo los lineamientos de la práctica de la medicina europea, en la que existía un divorcio entre la práctica de la medicina y la cirugía, es que se funda la Escuela Real de Cirugía. La enseñanza en estas instituciones se basaba en las aportaciones médicas hechas por Hipócrates y Galeno muchos siglos atrás.

Consumada la independencia de la corona española, no se había realizado sin embargo la emancipación de las conciencias, ni se había cambiado la estructura social ni se habían despejado las perspectivas del futuro. En el fondo, seguía la colonia desorganizada, sin freno y sin rumbo. La riqueza estancada, muerta, retenida en cifras fantásticas por quienes formaban la clase alta y por el clero, que seguía su vida colonial, con sus privilegios y sus fueros; la educación popular en manos de las comunidades religiosas, desde la escuela lugareña hasta la Universidad Pontificia. Era el manejo de la educación como un mecanismo de control y de poder.

Y fue en ese contexto de desolación y de angustia, que surgió un grupo de liberales avanzados: el doctor Mora, el licenciado Quintana Roo y un eminentе médico nacido en Guadalajara, el Dr. Valentín Gómez Fariás. Personaje que asumió la presidencia para suplir a Santa Ana, rompió con los esquemas establecidos hasta entonces y, en una serie de memorables decretos, secularizó la enseñanza, excluyendo de ella al clero y cerrando la Real y Pontificia Universidad de México. Sobre sus ruinas fincó la Dirección General de Instrucción Pública, que encabezó él mismo como vicepresidente, y para garantizar la vida de las escuelas, legisló sobre sus bienes para construirles sus fondos propios; incató templos, conventos y hospitales para darles un cómodo albergue. Fundó así los seis Establecimientos Superiores: el de Estudios Preparatorios; de Estudios Ideológicos y de Humanidades; de Ciencias Físicas y Matemáticas; de Ciencias Médicas y el de Jurisprudencia; y el de Ciencias Eclesiales. Fundó asimismo la Biblioteca Nacional y organizó el Teatro Nacional.

Y todas estas obras de su espíritu nacían con el sello de la reforma más audaz; dando muerte con ellas al periodo metafísico de la enseñanza y entrando de lleno a una era de conocimiento científico y positivo.

Estas reformas fueron decretadas precisamente un 23 de octubre del año 1833. Con la creación, en esa fecha, del Establecimientos de Ciencias Médicas, los reformadores unificaban la extinguida Facultad de Medicina de la Universidad Real y Pontificia y la Real Escuela de Cirugía. Ya no habría más médicos universitarios por un lado y cirujanos por el otro. No más la anarquía de estudios que había dominado en tiempos de la Colonia y había proseguido en los primeros años de la Independencia. No más los estudios rutinarios que habían prolongado en México la medicina de la Edad Media, comentando a Hipócrates y leyendo a Galeno. En lugar de esas carreras rudimentarias que alimentó la Universidad Pontificia con el mayor de los desórdenes, la república instituía una sola carrera, de médico y cirujano a la vez, carrera sólida hasta donde la época lo permitía. Los programas académicos se renovaron, la medicina mexicana se enriqueció al poder recibir las grandes aportaciones —que como en torbellino se gestaban sobre todo en Francia y Alemania— y por otro lado, germinaba en el espíritu de los médicos nacionales la semilla que llevaría al florecimiento de la medicina mexicana.

Es por eso que el 23 de octubre de 1833 afloró en la memoria de los médicos reunidos en la ciudad de Cuernavaca aquel año de 1937, para rememorar el día en que concuerriendo la emancipación de las conciencias, se tuvo la valentía de crear nuevos paradigmas a seguir en la enseñanza y la práctica de la medicina.

El celebrar el día del médico en estos tiempos, no debiera sujetarse sólo a rememorar lo acontecido hace 173 años, sino significarse en un llamado a nuestras conciencias a la reflexión y al análisis, pues los cambios en el área científica

y la nueva configuración socioeconómica son tan vertiginosos que obligan a revisar la vigencia de lo que enseñamos en las escuelas y facultades —y la forma en que lo enseñamos—, así como a analizar si el papel del médico responde a las expectativas actuales de una sociedad con tan dolorosos desequilibrios sociales y serios problemas de salud.

Ignacio Chávez, ya en 1976, mencionaba: “*No hay duda de que la práctica de la medicina ha cambiado y seguirá cambiando más en el futuro, con los avances de la medicina misma. Imposible ejercerla hoy como se hizo antes. Si los conocimientos cambian, si cambian las formas de aplicarlos, si la sociedad en que vivimos y sus exigencias cambian también, es natural y aún obligado que el ejercicio de la profesión esté acorde a las nuevas formas de vida. Pero eso no significa que deba cambiar el ethos de la medicina. El espíritu que la anima desde hace 24 siglos y las normas que son su esencia, eso debe de ser protegido*”.

Sus palabras son vigentes el día de hoy en que nos hemos adentrado en áreas que incursionan en el orden filosófico y que tendrán que reorientar el ejercicio de nuestra práctica médica. No podemos permanecer indiferentes a temas cruciales como el aborto, la eutanasia, la ingeniería genética, la clonación, el empleo de células embrionarias, la responsabilidad social de nuestra profesión, la sed ilimitada de lucro, la calidad del vida del anciano y de los discapacitados, el respeto a la autonomía del paciente . . .

Es un momento, que como aquel 23 de octubre de 1833, nos exige que replanteemos los programas académicos de nuestras facultades de medicina y nuestro papel como médicos en la sociedad actual, que tengamos la reciedumbre del Dr. Valentín Gómez Farías para construir los paradigmas que respondan a las necesidades de nuestros tiempos.

Si entendemos este reto y decidimos afrontarlo, entonces sí seremos dignos de celebrar cada 23 de octubre el día del médico.